

LALIBELA

Ignacio García May

LALIBELA
Autor: Ignacio García May
Autor del prólogo: Antonio Rojano
Biblioteca Digital Draft.inn. Junio 2014.

Explorando las ruinas del recuerdo

Notas sobre *Lalibelá* de Ignacio García May

Hay algo en la biografía, en el viaje que transcurre desde el nacimiento de un hombre hasta su muerte, que nos atrae como una bombilla prendida lo hace con los insectos que habitan la noche. Tal vez, el hecho de encontrarnos a mitad del camino, de pertenecer a esa oscuridad de aquello que aún está por suceder, nos anima a querer vislumbrar el mapa de otras vidas. De otros viajes como el nuestro, como un ejercicio de encontrar puentes y carreteras comunes que nos lleven hacia adelante, aunque no tengamos la menor idea de cuál es nuestro destino.

En *Lalibelá* se cuenta la biografía de Otis John Thesiger, que se muestra como un trasunto de Wilfred Thesiger, un escritor y explorador británico nacido en Abisinia, Etiopía, a comienzos del siglo pasado. Nuestro Thesiger de ficción parece algo menos romántico que el que vivió en realidad. También es un aventurero, pero sus riquezas se han forjado traficando con armas en multitud de conflictos armados de África. Dicho esto, debo admitir que he mentido al comenzar esta introducción. Porque *Lalibelá* no habla de la vida de Thesiger, sino de su no-vida. Es decir, su no-biografía. La no-biografía de un hombre estaría compuesta por los caminos que no ha transitado, por los desiertos sin explorar que esconde su interior, por los excitantes o terribles viajes que no fue capaz de realizar. Las elecciones que no hemos tomado nos conforman del mismo modo que aquellas otras que sí tomamos. La alegría no vivida puede generar un poso tan profundo como la experimentada. O aún más profundo. Esto es una certeza. Echar de menos lo que hemos tenido en nuestras manos se parece a veces demasiado a añorar aquello que nunca hemos poseído. Quizás la no-biografía llegue algún día a considerarse un

género por sí mismo, del mismo modo que llegaron a serlo las vidas imaginarias que Borges escribió tras descubrir los textos de Marcel Schwob.

Lalibelá nos hace viajar a África, a un territorio lleno de pasiones y exploradores. Hay moscas, muchas moscas. También hace calor. Hombres que viven en lugares inhóspitos a los que no pertenecen. Puede ser una historia de aventuras. O de suspense. La violencia y la guerra es parte del día a día. *Lalibelá* nos acerca a las ruinas de un recuerdo. Un hombre y una mujer. Un juego de espejos que se convierte en un intento más de reescribir el pasado. La memoria también es un campo de batalla.

“Uno nunca olvida el golpe... Un golpe en el mismísimo corazón. Lo recuerdas, sueñas con ello, te despiertas por la noche y piensas en ello por años que pasen, y sientes escalofríos por todo el cuerpo.” Cito al Joseph Conrad de *El corazón de las tinieblas* porque como él, García May nos convierte en exploradores y nos lanza a la aventura de atravesar la jungla de la memoria de un hombre, hachazo a hachazo, destripando la maleza de un infierno verde, recreando esa experiencia no vivida que no se pudo o no se supo olvidar.

Mi primer acercamiento a García May permanece vivo, como una muesca en mi memoria. Un ejemplar de la revista Acotaciones cayó en mis manos. Lo que no sé es cómo llegó hasta ellas. Digamos que, como en *Lalibelá*, las lecturas de cada uno -o sus escrituras- también se contaminan por las elecciones que tomamos. ¿Por qué leí ese texto y no algún otro? ¿Qué extraño deseo motivó aquella elección? Qué importa ahora. La cuestión es que allí se encontraba uno de sus textos más importantes: *Los vivos y los muertos*. La conmoción fue profunda. Aún lo recuerdo. Porque por entonces pensaba que el teatro español, sobre todo el que había leído hasta ese momento, demasiado poco, se aproximaba a una fórmula costumbrista incansable. Más allá

de las vanguardias, había encontrado numerosos autores temerosos de cruzar fronteras y de explorar otros espacios. Las experiencias de unos reporteros de guerra en un conflicto internacional, su aproximación realista, la potente escritura que habitaban esas páginas, llamaron mi atención. Un texto sobre la épica de la condición humana y la necesidad de héroes, aunque sea imposible ya encontrarlos. Sobre la vida y la muerte, sobre el trabajo de los periodistas... Un bello texto, oscuro, duro. Pero también optimista, como admitió el propio autor: “Ese optimismo que hace que la humanidad intente salir del horror de la guerra aunque sea rascando la porquería con las uñas.”

Hay escritores que se ocultan tras las páginas que escriben pero García May, como autor dramático, se parece mucho a sus personajes. Valiente, inquieto, aventurero. Quizá esta época no le pertenece, quizá viene de un pasado lejano. Se le puede imaginar, como a Eugene O'Neill, una juventud como marino mercante surcando los océanos y conociendo parajes exóticos. Todo eso está en los textos que escribe. Porque la escritura, ya lo sabemos, es también un viaje. Como la lectura. Y en este viaje, se ha mostrado como uno de los autores que más han explorado el vasto paisaje de la dramaturgia contemporánea en español. García May ha sido tan audaz de adentrarse en la espesa selva del Siglo de Oro, como en los infinitos desiertos de los corresponsales de guerra hasta llegar a los cálidos mares del pasado que anida el recuerdo de un anciano.

Den un paso adelante y embarquen en esta aventura. Será dolorosa, como siempre lo es mirar atrás. El tiempo es un feroz enemigo. Pero sólo con nuestra memoria podremos combatirlo.

ANTONIO ROJANO

En Madrid, a 26 de febrero de 2014

L A L I B E L A

Ignacio

García

May

L O N D R E S

(La noche del 21 de marzo llovió copiosamente al norte de Londres.

Sentados ante una chimenea apagada, una falsa chimenea de hotel barato, dos hombres bebían café negro masbout, a la manera egipcia.

He aquí un buen principio clásico para esta historia.

Y ahora, lector, continúa tú solo.

El más alto de los hombres, y también el mayor, se pone en pie y enciende un cigarrillo. Su cráneo calvo y digno, el perfil de cóndor, la barba roja y blanca y el cuerpo macizo, todas estas cosas se confabulan para darle el aire de un pirata viejo. Se llama Otis John Thesiger y habla en voz baja y ronca.)

THESIGER.— Quiero que entienda bien una cosa, señor Faversham: nadie ha escuchado nunca lo que yo mismo voy a narrarle ahora. En cierto sentido, me pongo en sus manos al confiarle este secreto, pero también es mucho lo que deseo pedirle. Así pues, no deja de ser un acuerdo justo.

Nací en Omdurman, no lejos de Khartoum, en el Sudán anglo-egipcio. Mi padre era un funcionario que odiaba África. Mi madre murió al poco de nacer yo sin que nadie supiera nunca de qué. Probablemente también aborrecía aquel lugar.

Yo era feliz.

Desde niño sentí que aquél era mi hogar. Me escapaba con los camelleros que hacían la ruta desde Khartoum a Addis Abeba. Cazaba y dormía al aire libre; aprendí el árabe, el amhárico, el tigrinya y el cunama, el dialecto de los nuer y el tamahak de los tuaregs libios.

Después fui enviado a Inglaterra.

Por favor, no se moleste en tomar notas ahora. Eso ya vendrá más tarde, si es que llegamos a un acuerdo.

Le decía que fui a Inglaterra. Sin duda sabe usted ya que mi paso por la universidad fue decepcionante. A mediados del segundo curso fui expulsado: mi comportamiento, según el tutor que me tocó en suerte, era una influencia negativa para el resto de la clase.

No me importó. La guerra había estallado y, gracias a mi conocimiento del terreno y de sus diversas lenguas, fui rápidamente incorporado a las fuerzas del General de Brigada Sanford, en Abisinia. Lo habrá leído en los libros de historia: fue él quien devolvió al poder al Ras Tafari Makonen, Haile Selassie.

Pero ésto es algo que no viene a cuento.

Lo importante es que, finalizada la guerra, dejé el ejército y me quedé en Addis Abeba.

No soy el más honesto de los hombres, Faversham.

Durante aquellos años aproveché mi posición privilegiada en el grupo de Sanford para organizar una pequeña red de contrabando. Comerciaaba con traficantes egipcios y piratas yemeníes.

La guerra es de una simplicidad grosera: algunas personas mueren, otras se hacen ricas.

Conocí a un ruso: había abandonado su país después de la Revolución bolchevique y vegetaba en un agujero llamado Mekele. Vendía armas y, acabada la contienda, se había hecho con una buena provisión de material, sobre todo italiano y británico. Tenía un par de buenos clientes a ambos lados del Mar Rojo, y me ofreció asociarme con él.

Me mira usted con reprobación, Faversham, pero ésta es la verdad: soy un traficante de armamento. Los periódicos me llaman empresario y nadie pregunta de dónde sale el dinero cuando regalo un cheque de 20.000 libras a la beneficencia o apoyo la campaña de un alcalde. Vendo armas en todo el mundo y eso me ha hecho inmensamente rico. No soy religioso. No creo en Dios y carezco del sentido de la culpa y no veo por qué mi negocio deba resultar menos aceptable que otros. Los hombres se matan entre sí y yo me limito a facilitárselo, al tiempo que obtengo la clase de vida que deseo. Rimbaud traficó con armas en ese mismo rincón de la Tierra, y hoy se le recuerda sólo como sensible poeta. ¿Por qué habría yo de ser diferente?

Pero me pierdo... Sí, Faversham, en Menkele empezó verdaderamente mi fortuna. Aguarde: estoy llegando ya al punto esencial de mi historia.

Al norte de Addis Abeba hay un lugar que se llamó Roha, y después Lalibelá en honor al rey que lo fundó. Allí se construyeron en el siglo XIII once iglesias, excavadas directamente en la piedra. Le he dicho que no soy religioso: no es necesario serlo para sentirse impresionado en aquel paraje. Cada edificio es un gran bloque de piedra, una roca única, separada del resto de la montaña por una zanja de unos treinta pies de profundidad. Por dentro, el material ha sido vaciado, debastado, hasta crear columnas, arcadas, puertas y ventanas.

Una mañana, de viaje hacia Mekele, me detuve allí para contemplar aquella maravilla de la cual tanto había oído hablar. Visité San Mercurio, Líbano y San Gabriel, y fui a sentarme, luego, a la sombra de una acacia en compañía de un grupo de peregrinos.

Monjes vestidos de blanco se alineaban junto al barranco vigilando el ir y venir de los fieles que, en día festivo,

llegaban por centenares a visitar las iglesias y celebrar sus cultos.

Perfume de sándalo y de luban, dulce sabor del tech en los labios ya agrietados por el calor.

Recuerdo ese día, Faversham, como si fuera el de ayer.

Cerca de mí se acomodó una pequeña comitiva formada por dos ancianos, tres sirvientas y una mujer joven.

Aquella mujer, Faversham.

Aquella mujer.

Si en verdad existió Azieb, la fabulosa reina de Saba, entonces debió ser más hermosa que ella: alta y esbelta, la piel de oro, los ojos rasgados, envuelta toda ella en un *holy* blanco y azul.

Por favor, entiéndame: yo tenía cuantas mujeres deseaba. No sólo nativas, sino también blancas, mujeres de la colonia británica, algunas italianas que, tras la guerra, habían optado por permanecer allí, qué sé yo...

Pero si usted hubiera podido verla... Me acerqué a presentar mis respetos. Era forastero y frenji, blanco, pero fui bien recibido. El mayor de los hombres, que era también un criado, habló en nombre de sus amos y se sorprendió al comprobar que me dirigía a él en su propia lengua.

El otro viejo era un comerciante de Gondar, un buen cristiano que peregrinaba hasta Lalibelá al menos dos veces al año para agradecerle a Dios su buena fortuna en los negocios.

Ella era su esposa. Para darme importancia les conté que había colaborado en el regreso del negus durante la guerra, lo cual, por otra parte, era rigurosamente cierto. La historia, sin embargo, les impresionó.

El comerciante me invitó a unirme a ellos para compartir su comida y sus plegarias.

Ella, Faversham, ella no dejaba de mirarme.

Pensaron que también yo era un buen creyente, pues, de no ser así, ¿qué otro motivo había para mi presencia en aquel lugar sagrado? En aquellos días los turistas occidentales no llegaban tan lejos... Por supuesto, no hice comentario alguno sobre mis actividades comerciales. Durante la comida, el mercader me narró fragmentos de las *Actas de Lalibelá*, un manuscrito del siglo XV donde se cuenta cómo Dios ordenó al regente edificar aquellos monumentos. Lo había aprendido de memoria y recitaba con entusiasmo, encantado de tenerme como espectador. Yo apenas le escuchaba, porque la mujer atraía totalmente mi atención.

Luego descendimos por una rampa de piedra hasta San Jorge, abarrotado de gente. El mercader se alejó momentáneamente, para saludar a un clérigo, y me vi de pronto en el estrecho umbral de la iglesia, apenas a un palmo de ella. Quiero que lo comprenda perfectamente: no estábamos solos. Los criados nos seguían a distancia prudencial y los fieles no paraban de entrar y salir.

Ella me miraba.

Temblaba de pies a cabeza.

Yo no sé lo que pasó aquel día en Lalibelá, Faversham. No soy un sentimental. Ya le he dicho que tenía las mujeres que me hacían falta. Soy un hombre de piedra y he hecho cosas que otros no se hubieran atrevido ni a pensar.

No sé lo que sucedió. Recuerdo que le cogí una mano y que ella se puso blanca y las líneas de khol en torno a sus ojos me parecieron tizones. Le dije, en un susurro, que necesitaba verla a solas y estar con ella, que no pretendía hacerle ningún mal. Le supliqué que no tomara mi petición como un insulto.

En Etiopía no se le habla así a la mujer de otro hombre, Faversham. Si ella hubiera gritado yo ahora no estaría aquí.

No gritó.

Seguía temblando.

Dijo que sí.

Dijo que me vería otra vez si yo prometía no tocarla, a no ser que ella misma me concediera permiso.

Dijo que tenía miedo.

Dijo que había sentido algo extraño al verme, como si ya nos hubiéramos conocido antes.

Dijo que me esperaría junto a San Jorge de Lalibelá a medianoche.

Yo miraba la piedra amarilla de la iglesia como si sus palabras no fueran conmigo.

Luego su mano se escurrió de entre mis dedos como el agua, y se reunió con su marido. No, Faversham, no se equivoque: éste no es un vulgar episodio adúltero. Le recomiendo que escuche atentamente, que preste atención a todos los detalles, porque necesitará echar mano de ellos más adelante.

No regresé a San Jorge esa noche. Una hora después de mi encuentro con la esposa del mercader hallé a mi socio, que había decidido reunirse conmigo a mitad de camino por motivos imprevistos: debíamos dirigirnos a Jibuti para cerrar un trato con un árabe. La cantidad en juego era, para nosotros, astronómica, y por esas jugarretas de lo que los musulmanes llaman el kismet, me veía obligado a elegir entre acudir a mi cita o decantarme por el negocio, que no admitía la más mínima demora.

Elegí el dinero, Faversham.

Diez días más tarde, de regreso de Jibuti, intenté, sin éxito, encontrarla. Quise ir hasta Gondar, pero las circunstancias fueron retrasando mi viaje hasta lo imposible.

Luego, Faversham, me convertí en lo que soy.

Un hombre honorable.

Mi negocio sigue siendo el mismo, pero ya no necesito llevar las armas personalmente a lomos de un dromedario. Ahora viajo en mi propio avión. Tengo una casa en Londres, un apartamento en San Francisco, una villa en Mónaco, una isla con mi nombre en el Pacífico.

Tengo setenta y seis años.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel día.

(El hombre joven se remueve en su butaca, frente a la chimenea, y bebe el último sorbo de café. Fuera sigue lloviendo. Las cejas densas y rojas de THESIGER están como suspendidas sobre su frente antigua, la mirada perdida en extraños laberintos que son propiedad de quienes han vivido intensa y largamente.)

FAVERSHAM.— Usted ha hablado de acuerdo. ¿A qué se refería?

THESIGER.— Todas las noches de mi vida, todas y cada una de ellas, me he hecho la misma pregunta. ¿Y si hubiera acudido a la cita? Es una pregunta banal, o tal vez no. Constantemente hacemos elecciones, la mayor parte de ellas sin importancia alguna. ¿O acaso todas son igual de importantes y no nos damos cuenta? Nuestra gran desgracia es no poder hacerlo todo. A algunas personas esto no les preocupa: sólo puede caminarsse hacia el futuro. Pero, ¿y si considerásemos cada elección, hasta la más nimia, como lo más importante de nuestras vidas? Ya sé lo que va a decir:

sería un infierno. ¡Ja! Días enteros para decidirse entre un plato de carne y otro de pescado, o para seleccionar una corbata, una camisa... Ciertamente: sería una tortura espantosa e inútil.

Pero yo sólo sé que, cada jornada, al anoecer, veo el mismo rostro y escucho la misma voz como si no hubiera pasado medio siglo. Si he eliminado de mi memoria millones de elecciones, ¿por qué no ésta? Si he tenido a cuantas mujeres he deseado, ¿por qué sigo soñando con aquélla?

FAVERSHAM.— No veo dónde quiere usted llegar. Es absurdo hacerse preguntas como ésta: carecen de respuesta.

THESIGER.— Faversham, lleva usted años persiguiéndome para escribir mi biografía, a lo cual me he negado hasta el día de hoy. No creo que mi vida tenga nada de interesante. Pero usted insiste, y ha llegado a convertirse en una auténtica plaga para mi tranquilidad. Le hago la siguiente oferta: accederé a facilitarle a usted los datos para ese libro a cambio de un favor.

FAVERSHAM.— ¿Y bien?

THESIGER.— Quiero que usted sea yo durante unas semanas.

FAVERSHAM.— ¿Perdón?

THESIGER.— Tengo que saber qué hubiera sucedido allí. Usted irá a Etiopía y será yo, y acudirá a la cita junto a San Jorge de Lalibéla.

FAVERSHAM.— Señor Thesiger, ¿me está usted tomando el pelo?

THESIGER.— Buscaremos una mujer como aquélla, y estará esperándole a medianoche.

FAVERSHAM.— ¡Pero eso es un disparate! ¡Ni soy usted ni ella es ella! ¡Han pasado cincuenta años!

THESIGER.— No me tome por estúpido, Faversham: todo eso ya lo sé. Y, sin embargo, ¿qué me importa? Quizá si se repiten las circunstancias se repita la historia. Y si no me gusta el argumento, siempre puedo cambiarlo. ¡Soy rico, Faversham! ¡Soy rico! ¡Ya no sé ni qué hacer con tanto dinero! ¿Por qué no gastarlo en este capricho? Usted no pierde nada; por el contrario, consigue lo que buscaba, con el añadido de un capítulo inesperado para su libro. Podría llamarlo “Thesiger el excéntrico”. ¡Soy muy rico, Faversham, y también soy viejo! ¿Acepta usted?

(Al joven se le ha congelado una sonrisa en la cara.

Ahora ha dejado de llover por primera vez en todo el día, y los nubarrones comienzan a dispersarse revelando una luna sarracena.

FAVERSHAM.— Y ahora, ¿qué debo hacer?

THESIGER.—¿Ahora? ¡No lo sé! Esperar, supongo... Debo organizar algunos aspectos del viaje. Haga su vida normal. Le avisaré. Alguien le avisará de mi parte.

FAVERSHAM.— ¿Cuándo?

THESIGER.—¿Cuándo? ¡Yo mismo estoy sorprendido! Dos, tres meses... No se preocupe, déjelo todo en mis manos. Debe ser tarde, ¿no?

FAVERSHAM.— Me voy ya. Dígame: ¿por qué se aloja en un lugar como éste? ¿Por qué no se va a su casa?

THESIGER.— Mi casa... mi casa está en África, Faversham.

(El joven recoge su gabardina y sale de la habitación. Otis John Thesiger, casi en la oscuridad, parece el fantasma de sí mismo.)

E L C A I R O

(Cuaderno de notas de Culum FAVERSHAM

Seis de junio

Volando sobre el Mediterráneo en ruta hacia El Cairo.)

Cuando Thesiger me citó en ese hotel pensé que se trataba de una broma. En el periódico todo el mundo conoce mi fascinación por el personaje, y dado el fracaso de los últimos años en comunicarme con él resultaba más plausible el engaño que un verdadero encuentro.

Me equivocaba.

Thesiger fue fotografiado por última vez hace doce años, así que lo encontré notablemente cambiado: la barba es ahora más blanca que roja y su rostro parece un mapa. Pero la mirada es inconfundible.

Toda esta historia es de una ilógica aplastante. No sé si el viejo se ha vuelto definitivamente loco o si me está utilizando para algo que desconozco. Lo cierto es que aún no he descartado el que se esté burlando de mí. Tal vez me envía hasta tan lejos para quitarme de en medio.

Periodista muerto en Etiopía.

Nadie le mandaba meterse allí.

El mensajero dijo que nos reuniríamos en Addis Abeba, así que, si él no está allí, comprenderé que he sido víctima de mi ingenuidad.

En todo caso, por el momento me tomaré esto como unas vacaciones. Lo único cierto es que Thesiger paga todo.

Además, siempre he querido conocer Etiopía.

(Mismo día

Un poco más tarde.)

Me he quedado dormido.

Descubrí, con cierta sorpresa, que hace mucho tiempo que no sueño. Quiero decir, es como si, al dormirme, desplegaran ante mí una pantalla blanca, y yo me siento delante, esperando la proyección, pero no hay proyección. Espero, y espero, y a falta de otra actividad más entretenida, silbo una cancioncilla y constato que la pantalla está apollillada por un millón de sitios.

No hay película.

Al despertar revisé mis notas.

¿Chochea Thesiger? ¿Es posible que hable en serio?

Durante toda su vida ha sido un conquistador: cuatro esposas conocidas e innumerables amantes. ¿Verdaderamente tenía algo excepcional aquella mujer o se trata simplemente de un capricho, una imagen falsa construida por la memoria? ¿Tan importante fue esa elección como para determinar el rumbo de toda su vida?

Faversham: ¿recuerdas tus propias elecciones?

O mejor, ¿has hecho alguna vez una elección que puedas considerar tan esencial como ésa?

Creo que no.

Carne o pescado, corbata de rayas o corbata de cuadros, Dios Santo.

Dije no a la universidad porque no la encontraba interesante. ¿Hubiera cambiado mi vida en lo sustancial en caso contrario?

Lo dudo.

Y las mujeres...

Rompí con Francine.

Imposible. Desastre, desastre, desastre.

Pero, ¿habría variado algo un mes, dos, después? La catástrofe de un día, ¿podría convertirse en el Edén del día siguiente?

Palabrería: ni siquiera echaba de menos a Francine cuando vivíamos juntos, mucho menos ahora. ¿Soñar con ella todas las noches? ¡Por favor!

¿Hay algo, o alguien, que signifique tanto para ti?

¿Algún momento de tu vida que quisieras guardar para siempre?

¿Y si no hubiera aceptado la oferta de Thesiger?

¿Es ésta mi gran elección?

Corrijo: ¿es ésta mi Gran Elección?

(Una brisa fresca que viene del desierto pinta sobre el cielo el anochecer rojo cairota.

Culum FAVERSHAM, recién llegado al aeropuerto, conversa con un hombrecillo pulcramente vestido. Se llama GAMAL EDDIN y usa un bigote recortado deliciosamente demodé.)

GAMAL EDDIN.— El señor Thesiger pensó que preferiría usted alojarse en el Shephaerd's. El Mena está abarrotado de turistas en esta época del año. El señor Thesiger aborrece a los turistas, y el Shephaerd's es demasiado caro para ellos. ¿Ha tenido un buen viaje? Espero que disfrute de su estancia en El Cairo.

FAVERSHAM.— Gracias, señor Eddin. Pero, a decir verdad, no sé lo que hago aquí. Mi destino final es Addis Abeba, aunque el mensajero del señor Thesiger me dijo que antes debía pasar por El Cairo. ¿Cree que podré continuar el viaje pronto?

GAMAL EDDIN.— No se preocupe: me encargo personalmente de todo. De todas formas, como decimos aquí, *'stanna sbudia!*, ¡espere! Le mantendré informado. Si necesita algo no tiene más que pedirlo en recepción. Naturalmente, cualquier gasto corre de cuenta del señor Thesiger...

(Cuaderno de notas de Culum FAVERSHAM

Seis de junio

Noche

Muy tarde.)

¡Espere! ¡Espere! Desde mi entrevista con Thesiger en Londres esperé más de dos meses para iniciar este viaje. Ahora, en El Cairo, lo primero que me dicen es que siga esperando. ¿Esperar a qué? Él es quien tenía prisa por resolver su pasado. Experimento de nuevo la sensación de engaño y temo más que nada la imagen de Thesiger riéndose de mí, como un dios barbudo y loco que juega a sus anchas con los hombres.

'stanna sbudia!

(Cuaderno de notas de C. F.

Diez de junio

En el bar del National.)

Sin noticias de la Bestia Roja.

Bebo té a la menta en un local frecuentado en otro tiempo por T. E. Lawrence. Tomo algunas fotos, por si puedo sacar algo de ellas a la vuelta.

No soy el clásico visitante de museos.

Me irrita sobremanera ver a los europeos que se pasean por aquí disfrazados de Gran Cazador Blanco a la Búsqueda de la Aventura, comprando baratijas y entrando en éxtasis ante las momias.

Una momia sólo es un hombre muerto.

Una pirámide es un jodido montón de piedras viejas.

Fantaseo con el derrumbe de una de ellas: los turistas, aplastados por los escombros, piden ayuda, y sólo yo les escucho.

Dejo que se pudran.

Gamal Eddin tampoco da señales de vida.

Espero.

En el hotel he conocido a una mujer francesa. Viaja con dos amigas y se han pasado un año ahorrando para estas vacaciones.

Así que Thesiger y su amigo el egipcio se equivocaban: también hay turistas en el Shephaerd's.

Las tres se excitan mucho con el exotismo de la ciudad.

Un mendigo en Jal-al-jalili es exótico.

Exóticas moscas le chupan la exótica mugre de un pie exóticamente gangrenado.

Me acosté con ella al rato de conocerla. Yo también debía parecerle exótico. Probablemete llevaba meses sin follar.

Chilló mucho pero yo en lo único que pensaba era en que su habitación era notablemente más humilde que la mía.

Después se quedó automáticamente dormida.

Mírala bien, Faversham: ¿podrías soñar con esta mujer el resto de tu vida?

No es que no sea atractiva. Tiene el cabello rubio natural, senos grandes con los pezones castaños y gruesos, una sonrisa amable. Su conversación es limitada, pero ella lo sabe y por eso carece de pretensiones.

Ahora cierro los ojos e intento recordarla sin mirar.

Apenas lo consigo.

Acabo de acostarme con ella y ya no sé ni cómo es.

Abro los ojos: sigue dormida, ronca levemente, lo cual resulta cómico. Murmura algo, cambia de posición: sigue follando en sueños.

Digamos que abres los ojos y te pido que te cases conmigo. ¿Te parece una locura? Pero, ¿y si no lo hago? ¿Lo lamentaré el resto de mi vida? Cuando sea viejo, ¿pensaré en esta cama del Shephaerd's?

Despertó, se dio una ducha y se fue a buscar a sus amigas.

Dijo que nos encontraríamos al día siguiente.

Lo he pasado genial, dice.

Volví a verla por la mañana. Fui con las tres hasta Gizeh. Me quedé fuera, fumando, mientras hacían la visita rutinaria.

Delante de sus amigas disimula y no se acerca mucho a mí.

Después, nos quedamos solos por un momento y tardó nada en abrazarme a mí y besarme y llamarme *cherie*.

Esa noche, de regreso a nuestro hotel, vuelvo a acostarme con ella.

No hay noticias de Thesiger.

No hay noticias de Gamal Eddin.

Las momias son hombres muertos.

No, no te pediré que te cases conmigo.

Deseando que te duermas para salir a dar un paseo.

Deseando estar solo.

(Cuaderno de notas de C. FAVERSHAM

Once de junio

Café Fechaui.)

El Cairo, aún.

Noche cerrada: voy hasta el Fechaui, me quito de encima un enjambre de trapicheros que pretenden venderme *basish*.

En una mesa, sentado, inconfundible, Otis John Thesiger.

THESIGER.— Buenas noches, Faversham. ¿Le gusta El Cairo?

FAVERSHAM.— Pensé que íbamos a Etiopía. ¿Ha cambiado de idea?

THESIGER.— Le advertí que debía organizar algunos aspectos del viaje. ¿Café? Esta noche lo bebo *zaada*, sin azúcar.

FAVERSHAM.— *Maasbout* para mí, gracias. Creí que me había abandonado aquí.

THESIGER.— ¿Por qué? ¿Le ha faltado algo? Dí órdenes para que atendieran todas sus necesidades. Además, Eddin me informa que ha encontrado usted una compañía muy agradable para pasar el rato...

FAVERSHAM.— Así que no se le escapa nada. ¿Qué ha hecho? ¿Tomar fotos mientras yo estaba en la cama?

THESIGER.— No, no... Simplemente me preocupo por su bienestar. ¿Le gusta esa mujer?

FAVERSHAM.— Todavía no lo he decidido. ¿Opina usted que se parece a la que me espera en Lalibelá?

THESIGER.— ¡No, por Dios! Son tan distintas como la noche y el día...

FAVERSHAM.— Entonces, hábleme sobre ella. Descríbame.

THESIGER.— ¿Descríbirla?

(El gigante pelirrojo ríe, como si le hubieran pedido la luna. Durante un momento parece escarbar en su memoria. Luego recita sobriamente.)

THESIGER.— ¡Oh, hija de reyes!

La curva de tus piernas

trazada como una joya

por las manos de un buen orfebre.

Tus pechos

pájaros jóvenes

de un mismo nacimiento.

Tu cuello

una torre de ébano,
tus ojos,
como las aguas del Herbon
en el umbral de Bath-Rabin.
Tu nariz,
faro del Líbano
mirando hacia Damasco...

(THESIGER *ríe de nuevo, mirando fijamente a FAVERSHAM.*)

THESIGER.— No, no lo he escrito yo. Es de Sengor. Ni siquiera recuerdo si la cita es exacta, pero... ¡En fin! No tiene mayor importancia. Escuche, debo ir al Sayeda Zainab a solucionar un pequeño asunto. ¿Quiere acompañarme?

FAVERSHAM.—¿Por qué no? Pero dígame: ¿cuándo nos iremos a Lalibelá?

THESIGER.— Pronto. ¿Por qué no se deja crecer la barba? Así se parecerá algo más a mí.

(*Cuaderno de notas de C. F.*

Once de junio. Madrugada.)

Caminamos hacia un barrio infecto llamado Sayeda Zainab.

De pronto me siento eufórico.

Me alivia ver al viejo aquí; quiero decir que, si él está en El Cairo, entonces “esto” va en serio. ¿O no?

FAVERSHAM.—¿Por qué no me cuenta cosas de usted?

THESIGER.— Es usted incansable. Quiere que le describa a ella, quiere que me describa a mí mismo...

FAVERSHAM.— Cuanto más sepa de Otis John Thesiger mejor podré... ¿diría usted “suplantarle”?

THESIGER.— No... Es una fea palabra. ¿Emularle, quizás?

FAVERSHAM.— ¿Imitarle?

THESIGER.— Sustituirle... Podríamos seguir así toda la noche. ¿Sabe que he vendido armas a los egipcios, a los judíos y a los palestinos por igual? Bien, no exactamente: los judíos son más ricos y compran más. ¿Qué encuentra usted de interesante en mi biografía? He viajado, sí, pero hoy en día todo el mundo viaja. Mire a su alrededor: japoneses, norteamericanos, europeos, y todos pasan por aquí mirando sólo donde se les indica. He conocido personajes importantes, también es cierto, pero, ¿y qué? ¿Qué podría decirle, por ejemplo, del Negus? ¿Que era un hombrecito pequeño y ridículo? Eso es para los lectores que disfrutan destrozando mitos. ¿Que tenía un león suelto en palacio? Ésto para los que adoran los mismos mitos que los otros quieren ver reventados. Yo hablé con él bajo la lona de una tienda de campaña, en medio de una guerra, rodeado de soldados que no eran los suyos y le ayudaban por sus propios motivos. Hablábamos de Etiopía como país, sí, pero también del tiempo, y de las películas estúpidas que nos proyectaban de noche en el campamento para pasar el rato, de automóviles y de mujeres, y de los molesto que es cabalgar cuando uno tiene diarrea, pero está en el desierto, y le disparan, y no le quedan más cojones que seguir y seguir.

¿Va a escribir sobre éso? Le diré algo: a veces pienso que ya hay demasiados libros escritos. Yo no he tocado ni uno sólo desde hace veinte años. De pronto me harté de leer. ¿Para qué? Bueno, miento: llevo siempre conmigo un

ejemplar de bolsillo de la *Épopeya de Gilgamesh*. Una edición barata, para estudiantes. ¿Sabe que el hombre que encontró las tablillas originales vivió varios años en Abisinia, prisionero del rey Teodros?

“¿Quién, amigo mío, saldrá vencedor de la muerte? Sólo los dioses viven eternamente, al lado de Samash. Los hombres tienen contados sus días: todo cuanto hacen no es más que viento”.

El mundo entero está en ese poema, Faversham. No sabemos hoy más sobre la vida y la muerte de lo que sabía aquel sumerio anónimo que tuvo la sabia idea de preservar esta historia. A menudo repaso fragmentos del libro; yo ya soy viejo y estoy demasiado cerca del final. ¡Pero, sin duda, Allah es grande! Porque, al contrario del resto de los hombres, yo puedo reconstruir una parte de mi existencia antes de reunirme con los gusanos... ¡Ya hemos llegado!

(Cuaderno de notas de Culum FAVERSHAM

Once de junio

Aún más tarde

En compañía de T. en un lugar perdido de la mano de Dios.)

Nos hemos detenido ante un establecimiento, una especie de almacén, no sé. Hay un par de camiones fuera, aparcados, y ni un alma en la calle. Ninguna agencia turística organiza recorridos por lugares como éste.

Thesiger entra en el local como una apisonadora; yo le sigo.

Dentro, cinco hombres: todos árabes.

Sus ropas han conocido días mejores; dos de ellos permanecen en pie, con las manos, sospechosamente, en los

bolsillos. Otro, más viejo, está sentado. Utiliza un cajón pequeño como silla y otro mayor a modo de escritorio. Los dos que quedan se mueven indolentemente de un lado a otro.

Thesiger se pone a dar voces en árabe.

El que está sentado responde, también a gritos, pero sin moverse.

No sé de qué diablos hablan, pero me inquieto.

Thesiger rejuvenece en su furia; nadie diría que es un anciano. Yo miro a los otros cuatro, pero a la Bestia Roja parecen importarles un rábano.

Debo solucionar un pequeño asunto, dijo el muy cabrón, ¿quiere acompañarme?

Y me mete en este jaleo.

Ahora, el que está sentado saca un revólver de su haik y amenaza con él a Thesiger, que no se inmuta.

Los otros vociferan como perros.

Yo quiero hacer algo, deseo intervenir, pero de pronto me agarran por detrás y me obligan a sentarme en el suelo, sobre una mancha de aceite. Miro al Gran T. El del revólver le está haciendo señas para que le siga por una puerta trasera, sin dejar de encañonarle. Las cejas tremendas de Thesiger se tensan como arcos de guerra, y luego sale por donde le indican.

Estoy en el suelo.

Los pantalones perdidos de aceite para motores.

Me siento ridículo y tonto, asustado.

Uno de los tipos me grita algo en árabe y gesticula como ordenándome que no me mueva.

A continuación, salen todos.

Faversham, respira,

Estoy sudando, sudo, sudo.

Pasan más de cinco minutos antes de que pueda ponerme en pie: no se oye nada.

Busco con la mirada a mi alrededor; veo una llave inglesa de regular tamaño, la cojo. Tengo la tentación de huir.

Finalmente, decido seguir la pista de Thesiger.

La puerta da a un patio interior que, a su vez, está comunicado con otro. No hay ninguna luz encendida, ni se escucha voz alguna. Mi mano se tensa en torno a la llave inglesa.

Atravieso el primer patio: cajas, todas cerradas. No me molesto en mirar. Ratones. Un hedor repugnante me revela la situación de unas letrinas, también vacías.

Segundo patio: más de lo mismo, una motocicleta con sidecar de los años cincuenta, probablemente inservible, llantas para camión de fabricación italiana, docenas de garrafas de plástico rellenas de un líquido inclasificable. Una puerta corredera, grande, lo suficiente para permitir el paso de un camión.

Abro.

Las hojas de la puerta chirrían lastimeramente al correr sobre sus raíles.

La calle.

Vacía.

Camino, casi a oscuras, intentando rodear el edificio y volver al mismo lugar por donde entramos. Debería ser fácil, pero todas las calles me parecen iguales y antes de que me dé cuenta me he perdido, como un idiota.

Un cuerpo en el suelo.

Mierda.

Me acerco: no es Thesiger. Tampoco uno de los asaltantes. Se trata de un simple mendigo que duerme al raso.

Durante un largo trecho corro, no sé si por miedo o por inercia, y me pregunto por qué no veo a nadie en una ciudad de diez millones de habitantes.

Al doblar la esquina, frente a mí, distingo la silueta grande del demonio pelirrojo, que enciende un cigarrillo.

FAVERSHAM.— ¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber qué ha sucedido ahí dentro? ¡Creí que estaba muerto!

THESIGER.— ¿Muerto? ¿Por qué? ¿Qué lleva en la mano?

FAVERSHAM.— ¡Una llave inglesa!

THESIGER.— ¿Tiene que arreglar algo?

FAVERSHAM.— ¡Cabrón hijo de puta! ¡Ese tío tenía un revólver! ¿Dónde se han...? ¡Joder, me ha dado un susto mortal!

THESIGER.— No diga necedades. Ese hombre es amigo mío.

FAVERSHAM.— ¿Amigo suyo?

THESIGER.— Normalmente ya no me encargo de ningún trabajo de forma personal, a no ser que se trate de un cliente difícil o de un viejo amigo. Ese hombre pertenece a la segunda categoría. Tenía algunas quejas sobre un material que le enviamos el mes pasado y he querido aprovechar este viaje para solucionar la cuestión.

FAVERSHAM.— ¡Pero si le apuntaba con el arma!

THESIGER.— Faversham, usted no habla árabe: me “enseñaba” el revólver. Deberíamos volver al hotel. Tiene usted un aspecto cochambroso.

(Me acerco a la pared, me apoyo estirando el brazo derecho y siento una náusea que no llega a materializarse en vómito. Dejo caer la llave inglesa.)

THESIGER.— Faversham, usted quería saber cosas sobre mí. Bien, ya sabe algo más. ¿Viene?

A D D I S A B E B A

(Ayer, durante todo el día, Culum Favershams estuvo volando en un viejo cuatrimotor hacia la capital etíope. El avión estaba tan desportillado que cada dos por tres aterrizaba en algún lugar improbable para ser revisado.

A decir verdad, el único sorprendido era Favershams.

El resto del pasaje se tomaba aquéllo como algo cotidiano, y aprovechaban los descansos para comer sobre la hierba, hacer sus necesidades bajo un árbol e, incluso, en cierta ocasión, jugar un breve partido de fútbol con una pelota de trapo.

El piloto hizo de portero.

Hoy el joven Favershams se pasea por las calles de Addis Abeba.

Las guerras civiles de los últimos años han dejado su señal por todos los rincones, pero esta mañana hay paz en la altiplanicie de Shewa.

Favershams observa a los hombres y mujeres de esta región del mundo, los herederos de Salomón y Saba, según su propia tradición. Si no fuera por el hambre constante y las dificultades terribles de sobrevivir en condiciones muchas veces infrahumanas, estos hijos del Este africano se contarían entre las criaturas más bellas de la Tierra.

El etíope no se ve a sí mismo negro, sino blanco, y cree que los occidentales son, no blancos, sino rojos, pues, cuando ven sus orejas al trasluz, son de ese color.

Desprecia a otras razas africanas y contempla el mundo desde la altura de un orgullo epopéyico.

(Cuaderno de notas de C. F.

Catorce de junio

Addis Abeba, en el hotel.)

Gamal Eddin reapareció en El Cairo después de mi encuentro con el viejo. Hemos viajado juntos hasta Etiopía, aunque el Gran T. no nos acompañaba. Eddin me dijo que Thesiger prefería hacer el camino por otros medios.

Mi francesa quería que intercambiáramos direcciones. Le di una falsa y tiré la suya a la papelera en cuanto estuve a solas.

La idea de que se acercaba el momento del encuentro en Lalibelá me puso algo nervioso.

Esta mañana, ya en Addis Abeba, Gamal Eddin llamó temprano a la puerta de mi habitación y me invitó a dar un paseo. Después me he dado cuenta de que acabábamos de iniciar el juego.

GAMAL EDDIN.— Señor Favershams, hay cierto aspecto de esta historia que preocupaba mucho al señor Thesiger la última vez que nos encontramos. Se supone que usted acude a una cita previamente pactada; es decir, que usted ha conocido ya a la mujer. Si fuera a verla “directamente”, la sorpresa de su encuentro, al verla por primera vez, afectaría, probablemente, a la naturaleza misma de la cita. En resumen, el señor Thesiger juzga interesante que usted vea una vez a la mujer antes de llegar al momento decisivo.

FAVERSHAM.— Señor Eddin, usted me parece un hombre sensato. ¿Qué opinión le merece todo esto?

GAMAL EDDIN.— ¿Le parece insensato que alguien aproveche una oportunidad única para revisar su vida?

FAVERSHAM.— Por favor, no se ponga retórico. Lo que estamos haciendo no es más que un disparate. Sí, ya sé, ¿por qué lo hago yo entonces? Bueno: tengo un precio, y además me divierto, pero me temo que no puedo tomarme el asunto con demasiada seriedad. ¿Cuál es el precio de usted?

GAMAL EDDIN.— Cuando yo tenía seis años, señor Faversham, contraí una fiebre tifoidea, mortal, en aquellos días, y en el lugar donde yo vivía. El señor Thesiger, que era amigo de mi padre, hizo que me llevaran al hospital y que me curasen. Se encargó, personalmente, de todo. Después pagó mi educación, y, finalmente, me dio trabajo a su lado. Yo soy lo que soy porque él ha estado siempre junto a mí.

FAVERSHAM.— ¡Ya veo! La Voz de su Amo...

GAMAL EDDIN.— ¿Perdón?

FAVERSHAM.— Nada, era un comentario tonto.

GAMAL EDDIN.— No, por favor. Conozco a ese perrito que escucha el gramófono... Pero si él se sienta a los pies del amo no es sólo por los restos de la cena, sino porque le quiere. A veces, el amo arroja un palito y dice “¡Tráemelo!” y en el fondo es una orden que carece de sentido, pero el perro va y lo trae, sin preguntas. No se ofende, porque sabe que el amo y él juegan juntos y eso le complace más que nada en el mundo.

(Así que ahora FAVERSHAM no sabe farfullar una disculpa, y opta por callarse. GAMAL EDDIN conduce rápida pero cuidadosamente durante un buen trecho hacia las afueras de la ciudad. Como FAVERSHAM parece haber perdido su locuacidad, el egipcio reabre por su cuenta la conversación.)

GAMAL EDDIN.—¿Quiere que hablemos de ella... de la mujer?

FAVERSHAM.— Al menos espero que Thesiger no le haya prometido compartir mi exclusiva. ¿O es una auténtica dama etíope?

GAMAL EDDIN.— No, nada de éso. A decir verdad, es paisana de usted.

FAVERSHAM.— ¿Británica?

GAMAL EDDIN.— Costó mucho encontrar una mujer que dejara al señor Thesiger satisfecho. Entrevistamos a tantas, en Londres, y también en Los Ángeles y Nueva York... En fin, creo que tuvimos suerte.

FAVERSHAM.— ¿Cómo la han convencido?

GAMAL EDDIN.— ¡Oh, es muy fácil! La muchacha en cuestión es actriz, en su país. Obviamente, no muy conocida. Le ofrecimos dinero, una cantidad elevada, aunque me va a permitir que no le revele ese tipo de detalles. Al fin y al cabo, éste es su trabajo.

FAVERSHAM.— Entiendo. Entonces, según veo, ahora reproduciremos el primer encuentro. Pero, para eso, deberíamos ir a Lalibéla.

GAMAL EDDIN.— No, no es necesario reproducir el primer encuentro porque “ya tuvo lugar”. Lo que el señor Thesiger desea saber es lo que no llegó a pasar, no lo que ya sucedió. Pero usted verá a la muchacha para que, cuando llegue el momento definitivo, la tenga ya en su mente y desee volver a verla tanto como el señor Thesiger lo deseaba. ¿Está todo claro?

(Cuaderno de notas de C. F.

Mismo día, algo más tarde

No lejos de Addis Abeba.)

Hemos viajado en un todo terreno hacia el sur, al río Awash. Abandonamos el vehículo a un lado del camino y continuamos a pie. Cuestiono a Gamal Eddin la

conveniencia de dejar solo el automóvil en un lugar como ése, pero él sonrío y dice: no le sucederá nada, el señor Thesiger es un hombre respetado.

El cielo brilla con un azul insolente que tiñe del mismo color las montañas lejanas.

Ante nosotros aparece el Awash, con su triste caudal de aguas pardas. Eddin señala un lugar algo distante y me tiende unos prismáticos.

A la orilla del río hay un grupo de mujeres; una de ellas está sentada a cierta distancia de las otras, como si habitara un mundo diferente.

GAMAL EDDIN.— Ella y sus criadas.

Criadas.

La esposa del mercader.

Bajo la ladera discretamente, de modo que no puedan verme, y me sitúo entre los árboles de la orilla, para ver mejor.

Las “criadas” ríen alegremente. Hablan a gritos, como casi todo el mundo en esta parte del planeta. Llevan vestidos blancos que, al mojarse en contacto con el agua, se pegan a la piel.

ELLA se desprende de su holy y queda completamente desnuda.

Es bellísima.

Entra en el río lenta y delicadamente, como apartando mariposas con las manos.

Es alta, esbelta; la piel de un bronce oscuro, un color levemente distinto al de las otras mujeres.

Se sienta dentro del agua, a poca distancia de la orilla. Inmediatamente, dos de las criadas se acomodan a su lado y le frotan suavemente la piel con las manos. No para lavarla; simplemente para defenderla contra el calor agobiante.

Una de las mujeres dice algo y ella sonríe y ya no puedo dejar de mirarla.

Thesiger, viejo cabrón, ¿así era la muchacha?

¿Por qué no acercarme?

Gamal Eddin, como un fantasma, aparece a mi izquierda, entre los arbustos.

GAMAL EDDIN.— Ni se le ocurra, Faversham.

FAVERSHAM.— ¿Qué hace? ¿Leer el pensamiento?

GAMAL EDDIN.— Es muy fácil leérselo a usted. Puede verla cuanto quiera, pero sólo desde aquí.

FAVERSHAM.— Las reglas del juego, ¿eh? Y, sin embargo, amigo Eddin, Thesiger insistió mucho en que ella le miraba a él durante aquel primer encuentro. No podemos olvidar un detalle tan significativo.

GAMAL EDDIN.— ¡Espere!

Pero ya he salido de mi escondrijo y camino, a paso regular, hacia el grupo. Las criadas me localizan primero, emiten un gritito y se meten luego en el agua hasta el cuello.

Ella permanece quieta, mirándome con curiosidad.

No hay vergüenza por su desnudez, no hay temor.

Casi diría que ni siquiera hay sorpresa, si no fuera porque permanece muda y sin pestañear.

Llego casi hasta donde ella está sentada y mantengo su mirada. El agua del Awash me llega a los tobillos.

Debería decir algo.

Debería...

Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Me doy la vuelta y regreso a la seguridad de la maleza, en compañía de Gamal Eddin. Sin mediar palabra, regresamos al lugar donde nos espera el todo terreno.

Creo que el egipcio me da una reprimenda por desobedecerle, pero no estoy seguro.

Mi mente se ha anclado en otra parte.

(Cuaderno de notas de Culum FAVERSHAM

Quince de junio, creo

En Addis Abeba.)

Atención, Faversham: hay un par de puntos sobre los que quisiera insistir, sobre todo en nombre de tu salud mental.

En primer lugar, la mujer que viste ayer no era (lo entiendes, ¿no?) la misma que Thesiger conoció hace medio siglo.

Por supuesto. Pero “ése” no es el problema, ¿verdad?

No, tienes razón.

No se trata de eso.

La pregunta del millón es: ¿qué sucedería si yo abandonara el juego en este preciso instante? Hay un avión que sale de Addis Abeba hacia Nairobi dentro de dos horas.

¿Y si yo tomara ese avión y mandara al infierno toda esa improbable aventura?

Tal vez se repetiría la historia.

Porque ahora sería “yo”, y no Thesiger, quien se quedaría sin conocer el final.

¿Tendría eso alguna importancia?

¿Echaré de menos a esa mujer si no vuelvo a verla jamás?

Al fin y al cabo sólo se trata de una mujer hermosa.

No sé nada más de ella; nunca la he visto antes.

Hay muchas mujeres hermosas en el mundo.

Y no hay que olvidar que ella no es ella: se trata tan sólo de una actriz, Eddin lo dijo. Cobra por hacer su trabajo, igual que tú cobrarás, de otro modo, por hacer el tuyo y si es que lo haces.

Un avión hacia Nairobi y se acabó.

Se acabó el libro, naturalmente.

Se acabó ella.

Sí, es una actriz. Pero, ¿qué pensará ella de todo esto? ¿Qué habrá sentido al verme? ¿Por qué aquella mujer de Thesiger aceptó una cita tan comprometida? ¿Por miedo? No hay que olvidar que el Gran T. tiene un aspecto feroz: no se bromea con él, e imagino que ya desde joven debía tener esa apariencia. ¿Por miedo? No, no lo creo. ¿Por cortesía? Obviamente, no. ¿Puede ser que el viejo llegara a impresionarla hasta el punto de convenir en un encuentro que resultaba para ella tan difícil y peligroso?

¿De verdad fue una historia de amor?

¿Un estúpido flechazo?

He aquí una pregunta ridícula. ¿O acaso el muy cabrón no hace más que mentir desde que esto empezó?

¿Sucedió de verdad el encuentro de Lalibelá?

Dime, Faversham, ¿echarás de menos a esa mujer si no vuelves a verla? ¿Qué piensa ella de ti, de Culum Faversham, el falso Thesiger? ¿Crees que la has impresionado?

¿Cuándo iremos a Lalibelá?

(En un despacho de la legación italiana, Culum FAVERSHAM ojea unos papeles desperdigados sobre la mesa. Está solo, pero la puerta no tarda en abrirse y un hombre grueso y amanerado se reúne con él.)

EL AGREGADO.— Señor Faversham, perdone que le haya hecho esperar. Tome asiento. O mejor, ¿juega usted al billar?

FAVERSHAM.— ¿Billar? Sí...

EL AGREGADO.— ¡Ah, perfecto! Entonces, si no le molesta, echaremos una partidita mientras charlamos. Aquí no juega nadie. Es un horror. Por aquí... Pase... ¿Lleva mucho en nuestra querida capital?

(El agregado conduce a FAVERSHAM a una habitación contigua, donde no hay nada salvo una descomunal mesa de billar francés con todo lo necesario para jugar. Las paredes están agrietadas y húmedas. Una cucaracha grande como un puño corre a esconderse en cualquier agujero.)

FAVERSHAM.— Unos días. Verá, quisiera... quisiera localizar a una persona. Fui a la embajada británica, pero la encontré cerrada y en ruinas.

EL AGREGADO.— Sí. Se han trasladado, temporalmente, a la costa. En realidad, creo que somos la única embajada occidental que permanece abierta en Addis Abeba. Hubo problemas, ya me entiende, unos cuantos bombardeos. Yo quería echar el cierre, pero no me han dejado. Una cuestión histórica.

FAVERSHAM.— ¿Histórica?

EL AGREGADO.— ¡Claro! Italia, Abisinia, el duque de Aosta, las colonias... ¡Todo eso! Imagen, imagen. Tenemos que dar ejemplo. ¡Vaya, excelente carambola! Y, ¿qué se le ha perdido entre nosotros? ¡No es que esto sea Miami Beach! ¿Periodista?

FAVERSHAM.— Intento escribir un libro.

EL AGREGADO.— ¡Ah, bien! ¡Bien! Confío en que no haya política por medio...

FAVERSHAM.— No, es sólo un libro de viajes.

EL AGREGADO.— ¡Formidable! ¡Muy bien! Es que, ¿sabe?, este país es, ¿cómo le diría?, políticamente extraño. Meta usted en una coctelera al rey salomón, Karl Marx y el manual de Cocina Rápida, agítelo, y *jecco!* Sírvese bien caliente. Ahora estamos más o menos tranquilos, pero si hubiera usted llegado la semana pasada... Y al norte, en Eritrea, ¡no le digo nada! ¡Eso es el infierno! ¡Mal sitio! África, ya sabe usted, no es un continente, sino un despropósito. ¡En fin! Su turno.

FAVERSHAM.— ... De todos modos, el motivo de mi visita es otro. Busco a una persona. No conozco su nombre, aunque podría reconocerla en una fotografía.

EL AGREGADO.— ¿Eh? ¿Cómo es éso?

FAVERSHAM.— Esa persona y yo tenemos amigos comunes en Inglaterra. Me pidieron que le transmitiera un

mensaje, pues, casualmente, ella se encuentra aquí, en Addis Abeba y ha debido llegar en las mismas fechas que yo. El problema es que he perdido el papel donde había escrito su nombre y dirección.

EL AGREGADO.— Pero eso es como buscar una moneda en el desierto, querido amigo.

FAVERSHAM.— Mi idea era buscarla a través de la embajada británica, pero...

EL AGREGADO.— Ya, ya, pero lo que usted pretende es casi imposible. ¡No sé, no puedo prometerle nada! Al menos deme una descripción...

FAVERSHAM.— Es una mujer, ciudadana británica, veintitantos años, alta, raza negra, cabello corto...

EL AGREGADO.— ¿Una mujer negra? ¿Encima es negra? ¡Esto es Etiopía! Ya es complicado buscar a un blanco, pero un negro... ¡No, no, no puedo prometerle nada! Éste es el celebérrimo caso de la aguja en el pajar, ¡la aguja en el pajar, amigo mío!

FAVERSHAM.— ¿Cree que puede hacerse algo?

EL AGREGADO.— ¡Definitivamente no! Bueno, preguntaré. Siga usted solo un momento, que voy a telefonar. ¡Pero no me haga trampas! ¿Eh?

(EL AGREGADO vuelve a su despacho y se le oye vociferar en italiano por el teléfono. FAVERSHAM, inmóvil, contempla la cucaracha gigantesca que ha vuelto a aparecer y corretea tontamente por las esquinas. Al cabo de un minuto, EL AGREGADO, las axilas manchadas por gruesos círculos de sudor, regresa a la sala de billar.)

EL AGREGADO.— Lo siento, he tardado más de lo que pensaba... ¿No me habrá alterado el marcador, eh, pillín? ¡Es broma, es broma! ¡Es que aquí tengo que hacerlo todo

yo solo! Ahora me llaman para decirme que ayude a organizar el viaje de un actor de cine que viene en visita de buena voluntad con la UNESCO... a hacerse fotos con los niños, ya sabe usted. ¡Eso, eso! Por la mañana los niños con cara de hambre, pero cuando llega la noche, ¡eh, D'Ambroglio! ¿No podría usted conseguirme una negrita de esas tan monas? ¡Ya lo veo venir! Es ese actor tan famoso... ¿Cómo se llama? Lo he olvidado. Es que aquí no vemos mucho cine, a mí lo que me gusta es el teatro, pero tampoco tengo lo que se dice costumbre, la oferta, como podrá imaginarse, no es muy amplia.

FAVERSHAM.— ¿Alguna noticia sobre...?

EL AGREGADO.— ¡Ah, su amiga! No, por el momento no, pero he puesto a mi gente a trabajar. ¿Quién sabe? ¿Alguna cosa más?

FAVERSHAM.— Sí, hay algo. ¿Me dijo usted que Lalibelá está en zona de guerra?

EL AGREGADO.— ¡Pésimo lugar, Faversham! ¡Pésimo! Yo de usted no me jugaría el pellejo... Además, ¿qué quiere ver allí? ¿Las iglesias? Tenemos un libro sobre eso, con muchas fotos. Una cosa del National Geographic. No le hace falta a usted ir. ¡Creo que hasta hay un video en el archivo! Aunque, ahora, que me acuerdo, no sé si funciona el magnetoscopio. Tiene un agujero de bala.

(Cuaderno de notas

Junio

Addis Abeba

Bajo el león de Judea.)

Cita con Gamal Eddin junto a una estatua que representa a un enorme león de piedra coronado.

Va a caer la noche.

El león, agrietado en los lomos por la acción de la metralla, representa una Etiopía que ya no existe y es de dudoso gusto artístico.

Un capricho imperial.

En la oscuridad repentina del atardecer africano, veo venir a Thesiger hacia mí, como una bala.

La mirada de ira le brilla a diez metros de distancia.

Gamal Eddin corre, sofocado, tras las zancadas poderosas del viejo bastardo.

FAVERSHAM.— De modo que ya ha llegado usted.

THESIGER.— Faversham, mañana por la mañana se larga usted de Etiopía.

FAVERSHAM.— ¿De qué habla?

THESIGER.— ¡Ha desobedecido! Eddin me lo ha contado todo.

FAVERSHAM.— ¿Y bien?

THESIGER.— ¡Sólo tenía que mirarla, maldito cabrón! ¡Mirarla, nada más, mirarla desde lejos, sin que ella le viera a usted!

FAVERSHAM.— ¡No es así como sucedió la historia, Thesiger! Usted lo aclaró muy bien: ella tuvo oportunidad de verle, así que eso es exactamente lo que hice, dejar que su actriz pudiera verme a mí.

THESIGER.— ¡No la llame mi actriz! ¿Es ella, no mi actriz! ¡Y soy yo quien establece las reglas del juego, no usted!

Además, ¡también sé lo de la embajada! Ha intentado encontrarla. ¿Por qué?

FAVERSHAM.— Usted se entera de todo, ¿no es cierto?

THESIGER.— Quería hablarle, ¿verdad, Faversham? Quería hablar con ella sin que yo lo supiera, y no es así como debe suceder esta historia. Tome, su billete. El avión sale a las diez. Y este cheque es por las molestias.

FAVERSHAM.— ¿Se ha vuelto loco? ¿Cree que me voy a ir, así, después de llegar hasta aquí?

THESIGER.— ¡Se acabó! ¡No hay más! ¡No deseo continuar!

FAVERSHAM.— Y entonces, ¿qué? ¿Repetirá su error por segunda vez? ¡No habrá una tercera, Thesiger! ¡No puede comprar más tiempo! Si no continuamos ahora jamás sabrá lo que hubiera sucedido...

THESIGER.— Faversham... Faversham... ¿Qué me dice usted? Le veo muy interesado en llegar hasta el final. La ha visto, Faversham, y piensa en ella. El juego ha dejado de ser sólo mío, ¿no es así? ¿Soñará con ella cuando regrese a Londres? ¡Váyase de este país, Faversham! ¡Váyase y viva como yo he vivido durante cincuenta años, con un recuerdo...! Escriba sobre eso.

(El gigante pelirrojo se pierde en la noche con su perro fiel. FAVERSHAM permanece aún unos momentos bajo la silueta monumental del león emperador.)

Rompo el billete de avión.

Rompo el cheque.

Sus pedazos vuelan torpemente como polillas deslumbradas por un farol.

Me voy a Lalibela.

W O L O

(Cuaderno de notas de Culum F.

En un autobús

Provincia de Wolo

Junio.)

Conseguí milagrosamente un billete para el autobús que va a Dessie, capital de la provincia de Wolo, donde se encuentra Lalibelá.

Rutina de los transportes africanos: lentitud, densos olores, hombres y animales en feliz compañía.

Muchas moscas.

A los lados del camino veo tanques abandonados, la chapa negra y retorcida, evocación involuntaria del arte abstracto.

Póngale una etiqueta, pienso, véndalo en París o Nueva York. Algún imbécil lo comprará para decorar un paseo público o un jardín.

De cuando en cuando nos cruzamos con un camión militar, pero el pasaje del autobús está tranquilo, como si fuéramos de excursión.

A mi lado, un hombre viejo masca *shat*, unas hojas verdes y tiernas que alguien ha definido como la coca del Este africano. Me ofrece probarlo: tiene un gusto amargo y creo que el asco se reflejó en mi rostro, porque el viejo rompió a reír a carcajadas, mientras le goteaba una saliva verduzca por la comisura de los labios. Le quedan tres dientes, los tres ennegrecidos y flojos, como boca de calavera.

Antes de emprender el viaje telefoneé a la Legación Italiana: D'Ambroglio me dijo que no tenía noticia alguna. El viaje del actor le tiene loco. No vive para otra cosa.

El celeberrimo caso de la aguja en el pajar.

Buscar a una negra en África, todavía se están riendo del chiste.

Estoy convencido de que, pese a todo, Thesiger se dirige también a Lalibelá. Intentará llegar hasta el final. Como desconozco sus planes concretos, es imprescindible que llegue allí antes que él.

En el autobús he conocido a un europeo: un portugués. Se llama Vicente Stella y he tardado un buen rato en enterarme de que es sacerdote.

No se trata sólo de que vaya vestido como cualquier otro viajero; eso es normal entre los misioneros de estas tierras. Pero es que además blasfema como un demonio; habla mal de los comunistas, de los occidentales y hasta del Santo Padre. Mira a las mujeres jóvenes como un recluta recién licenciado y con la paga en el bolsillo, y cuenta chistes verdes de los que él mismo se ríe estruendosamente.

Lleva catorce años aquí.

STELLA.— Dios era mujer y nació en Etiopía. ¿Sabía usted eso?

FAVERSHAM.— Los Panteras Negras de los sesenta decían algo parecido. Pero no creo que sea un comentario muy ortodoxo para un sacerdote católico.

STELLA.— ¡Bah, bah! ¡Idioteces! ¿Cree usted que yo no tengo mis necesidades? ¡Igual que comer o cagar! ¿Y cree usted que a Dios le preocupa lo más mínimo que sus hijos

follen o no? ¡Cuando llegue el Último Día nadie nos juzgará por eso! Hay cosas más importantes que decidir.

FAVERSHAM.— Sigue pareciéndome una idea peculiar en un sacerdote. Perdóneme: tal vez soy un poco obtuso.

STELLA.— No, tiene razón. ¡Pero es que yo no he sido siempre así! De joven resultaba más convencional. Creía en el Libro de Instrucciones al pie de la letra. De la A a la Z. Luego vine aquí y nadie me había preparado para esto. Uno lee esas historias sobre mártires y santos y, ¡en fin!, se hace extrañas ideas en la cabeza. Piensa: ¡venid a torturarme, macacos! Te cuelgan de los pies, te meten en el agua hirviendo, y, ¡zas!, efectos especiales, el dedo de dios que sale de entre las nubes, voz con amplificador: “ven a mi lado, hijo predilecto, se acabó para ti el sufrimiento”. Después pasan los años y los niños en la catequesis estudian tu vida maravillosa y derraman lágrimas de emoción por ti, encienden una vela por tu memoria, y tú, desde el más allá, túnica blanca, sonrisa beatífica, ofreces tu amor infinito del ángel a la diestra del padre y del hijo y del Santo espíritu.

Pero una mañana atacaron nuestra misión. Éramos dos sacerdotes blancos y un puñado de hermanos nativos. El padre Antonio, que era mi superior, intentó razonar con los soldados.

Primero se rieron de él.

Luego le toruraron.

Le castraron con una bayoneta y le dejaron así, atado, bajo el sol, para que se lo merendaran las moscas. El pobre hombre daba alaridos llamándonos a Dios y a mí.

Yo no podía hacer nada. Me habían encerrado con los nativos en una habitación, sin agua ni comida y con sólo un ventanuco para respirar.

El padre Antonio tardó muchísimo en morir. De vez en cuando, uno de los soldados le escupía encima. Luego, cuando dejó de chillar, le cortaron la cabeza con un machete, la envolvieron en trapos, y la utilizaron para jugar.

No hubo efectos especiales.

No hubo dedo de dios ni voz amplificada.

Yo hubiera sido el siguiente, pero ese mismo día hubo un bombardeo. La casa donde nos tenían encerrados se vino abajo y, por algún motivo, todos mis compañeros murieron excepto yo. Permanecí seis días en una bolsa de aire, entre los escombros. Pensé mucho, en muchas cosas. No me podía mover, tenía una pierna rota y había perdido el control sobre mis esfínteres, de manera que olía a demonios.

Me rescataron cuando pensaba que iba a morir. Unos nativos me recogieron y me cuidaron. Usted seguramente cree que todo esto me hizo perder la fe, pero no fue así. Jamás puse en duda la existencia de Nuestro Señor. Ni siquiera cuando el padre Antonio aullaba. Sin embargo, me di cuenta de que el juego debía jugarse de otra manera. Una de las muchachas que cuidaban de mí se acostó un día a mi lado. Pensé: no estoy ciego, no me he quedado parálítico, he salido entero. Nunca he estado con una mujer. ¿Y si hubiera muerto sin saber lo que eso significa? ¿Cómo ha de haber algo malo en el cuerpo de esta muchacha que sólo desea mi bien? Estaba vivo y ella respiraba junto a mí. Estaba vivo pero podía haber muerto, o podía morir al día siguiente, o al otro. Estaba vivo, pero nunca antes había llegado a comprender del todo este hecho.

Le hice el amor. o más bien ella me lo hizo a mí, porque en esto, como en tantas otras cosas, yo era ignorante. Me sé de memoria todo el discurso del seminario sobre el sexo y la procreación, pero yo, señor, no quería procrear. Quería sólo celebrar la continuación de mi existencia.

Al día siguiente lloré mucho, lloré como un crío, porque me parecía que había traicionado mi fe. Lloré, sobre todo, porque me había sentido completamente feliz durante el encuentro con la muchacha y no lograba sentirme pecador.

Después, la guerra continuó, y ya no tuve tiempo de llorar más. Tengo unas cuantas cicatrices por todo el esqueleto, pero sigo más o menos entero. Y cuando quiero estar con una mujer lo hago. ¿Sabe? A veces me da por pensar, ¿qué habría sucedido si hubiera conservado mi castidad? ¿Sería mejor sacerdote?

FAVERSHAM.— ¿Ha llegado a alguna conclusión?

STELLA.— ¿Conclusión? No... pero tengo menos miedo a la muerte.

(Cuaderno de notas de Culum FAVERSHAM

Dessie

Atardecer

Junio.)

Me he alojado con Stella en la misión católica de aquí. Mi encuentro con el sacerdote ha sido, en verdad, providencial: sabe moverse en este territorio. Cada dos por tres nos detienen las patrullas por la calle, solicitando nuestros papeles. Stella, que es un embaucador nato, un superviviente, se las arregla para salir de todas.

Decir “la misión” induce a error: en realidad se trata tan sólo de un galpón en vías de ruina. El trabajo de Stella consiste, de hecho, en cerrar oficialmente este lugar, que se traslada a territorio más seguro, al sur de las montañas.

Con la ayuda del portugués, que habla perfectamente el idioma, indago sobre Thesiger. Nadie sabe nada sobre él.

Por la noche, después de cenar conservas y beber té, Stella y yo nos sentamos a conversar. Le cuento, ignoro por qué, toda la historia, pero a él no parece extrañarle nada. Por el contrario sonríe y calla, como si la regla aquí fuese vivir en la irracionalidad.

Él se acuesta temprano.

Yo no puedo dormir.

¿Y si me equivoco? ¿Y si Thesiger ha renunciado?

Imagino el siguiente cuadro: no consigo llegar a Lalibelá. O llego y descubro que el viejo no está allí. Regreso a Londres. Busco a la actriz. Ignoro aún su nombre, pero la he visto y, al fin y al cabo, en el mundo del espectáculo todos se conocen entre sí.

La encuentro.

Me cito con ella en el bar del Marlborough. Ella llega, se sienta, pedimos las bebidas. Yo le digo: nos vimos en el río Awash, ¿lo recuerdas? Ella dice: sí. Nadie olvida una cosa semejante. Le pregunto: ¿Cómo crees que debería haber terminado ese argumento? Hay varias respuestas. Hicieron el amor toda la noche, en el mismo interior de San Jorge. Probable, en el caso de Thesiger, improbable, en el de ella. No, se alejaron hasta un rincón oculto en la maleza y “allí” hicieron el amor. De acuerdo. O ella se asustó, quiso gritar y Thesiger la estranguló. ¡Dios míos, no! ¡No nos gusta ese final! El marido siguió a la mujer, sorprendió juntos a los amantes y les mató. ¡Qué imaginación! Final romántico... Tal vez hablaron durante horas, sin tocarse. No, hubiera sido incapaz de estar con esa mujer y no... quiero decir que Thesiger hubiera sido incapaz de... Estamos hablando de ti y de mí, le digo. Hubiéramos sido tú y yo. Pregunto: ¿alguna vez, después de aquel episodio junto al río, has pensado en mí? ella dice que sí.

O dice que no. Que se alegra mucho de no haber tenido que representar tan lastimosa comedia hasta el final. No, no, dice que sí, que ha pensado en el hombre que la sorprendió mientras se bañaba desnuda bajo el sol de Etiopía, ¡por el amor de Dios!, como para olvidarlo. Así que le digo: ¿y si continuamos esta conversación en otra parte? Y ella viene conmigo a casa y la desnudo lentamente, jamás en mi vida he deseado tanto a una mujer como en este momento, beso delicadamente la base de su cuello, apenas húmeda por el sudor, beso, muerdo, muerdo su cuello y la curva suave entre la axila y el pecho, y descubro que estoy temblando, Stella, despierto, me sacude los hombros, y abro los ojos y veo el rostro simiesco del portugués, estamos en la misión, en la misión, Londres está muy lejos, la muchacha se ha desvanecido como polvo en el aire, Stella me moja la cara con un trapo, agua, agua tibia sobre mi frente, ya he despertado, sólo era un sueño, sólo era un sueño, sólo era un jodido sueño.

(Cuaderno de notas de C. F.

Junio, finales

Dessie.)

Varado en esta ciudad.

Durante tres días, Stella me hizo compañía. Después, ha tenido que recoger sus bártulos e irse.

Yo quiero continuar hacia el noroeste, pero descubro que no me dejan salir del recinto. La situación es absurda: aquí no hay nadie más que yo y unos cuantos soldados. Han dejado de pedirme los papeles pero, simplemente, me impiden irme. Paseo como un fantasma por las calles desiertas. En un momento de

desesperación solicité que me dejaran partir hacia el sur, pero ni siquiera eso consigo.

¿Qué se ha hecho de la población? El día que llegué ésta era una ciudad más o menos normal. Ahora es como si todo el mundo se hubiera esfumado sin avisar.

Sólo están los soldados, que se ríen de mí.

A veces me arrojan comida, como si fuera un perro.

Voy a perder a Thesiger.

Voy a perderla a ella.

Debí haberme largado con el portugués. Él insistió mucho y no le hice caso, porque su rumbo era opuesto al mío.

Todo había sido relativamente fácil.

Creí que no resultaría más complicado continuar.

Pero, ¿dónde está todo el mundo?

Con frecuencia deseo que los enemigos (sean quienes sean) ataquen de una vez y rompan esta calma chicha.

Que nos bombardeen de una vez. Que disparen. Quiero ver a estos soldados correr y arrojar granadas y ametrallar y morir.

Pero no hacen nada. Se sientan, charlan.

Beben, comen.

Dormitan a la sombra de alguna ruina.

Súbitamente, esta mañana, una cara conocida.

EL AGREGADO.— ¡Señor Faversham! Pero Faversham, caramba... ¿Qué hace usted aquí? Tiene un aspecto

lamentable... ¡Le ha crecido la barba! Pero, ¿cómo ha venido a parar a Dessie?

FAVERSHAM.— Oiga, necesito salir de aquí. Tengo que salir de aquí.

EL AGREGADO.— ¡Sin duda, “tiene” usted que salir! Dentro de unos días, ésto estará reducido a cenizas. ¡Es usted un imprudente!

FAVERSHAM.— ¿Y usted? ¿Qué hace aquí?

EL AGREGADO.— ¡A mí me va en el sueldo! Intento organizar la visita del actor, usted sabe, le hablé de él. No es que vayamos a traerle aquí, porque esto es un desastre, pero cerca de aquí hay un lugar francamente bonito, para unas fotos, quiero decir, y está fuera de la zona peligrosa, pero como estaba cerca me dije: veamos cómo andan por Dessie. Usted se viene conmigo ahora mismo. ¿Ha comido? ¡Es una suerte que le haya encontrado! ¿Sabe que tengo algo para usted?

FAVERSHAM.— ¿Algo?

EL AGREGADO.— Una carta. La traje un muchachito al día siguiente de... Espere, la llevo encima. La eché al bolsillo... ¡Tiene usted la baraka, amigo! ¡Ah, esto es!

Me entrega un sobre amarillo, doblado en cuatro partes. ¿Un mensaje del Gran T.?

Leo:

“Señor Faversham:

Conozco su nombre porque lo escuché de labios del señor Eddin. Le envió esto a la legación italiana. Es la única que permanece abierta y no se me ocurría otra forma mejor de contactar con usted.

Espero que la carta le llegue.

Nos conocimos, si puede decirse así, a orillas del Awash. Se suponía que no íbamos a vernos antes de alcanzar Lalibela, así que confieso que me sorprendió su irrupción en aquel lugar.

Le escribo porque necesito hablar con usted personalmente.

Cuando acepté este trabajo ignoraba lo extraño que llegaría a ser. Ni puedo decir que esté asustada: he recibido un trato correcto por parte del señor Thesiger y sus ayudantes. Sin embargo, cada día que pasa la aventura se vuelve más obsesiva. No dejo de pensar en esta mujer a la cual interpreto y de la que no sé prácticamente nada.

Ignoro lo que el señor Thesiger pretende que suceda en Lalibela. No sé si verdaderamente desea que suceda "algo". Parece retrasar el momento del encuentro indefinidamente. Desde que hablé con él por vez primera, a finales de febrero, ha pasado tiempo más que suficiente para llevar a cabo este experimento? suyo.

Quisiera saber qué opina usted de todo esto. Estoy segura de que, al igual que me sucede a mí, sueña usted con este episodio que Thesiger ha inyectado en nuestras vidas.

Esta mañana, cuando le vi allí, junto al río, experimenté sensaciones muy extrañas. Hay algo en este país, no sé si es el clima, el paisaje o qué... hay algo que produce un efecto narcótico.

Ya he dicho que no esperaba verle en Awash. ¡Yo ni siquiera le conocía! Pero cuando apareció allí, cuando me miró de esa forma, supe automáticamente quién era usted.

La preguntas es: ¿quién era yo? Por un instante dudé de mi propia identidad.

¿Qué nos están haciendo, señor Faversham? ¿Es esto una locura mía o siente usted lo mismo que yo? Pienso ahora que no debería haber aceptado la oferta de Thesiger. Era mucho dinero y yo carecía de trabajo, así que me conformo pensando que, en cierto sentido, no tuve elección.

*Pero ésta, si no me equivoco, es una historia sobre las elecciones.
¿Podemos vernos, a escondidas, para hablar de todas estas cosas?"*

Hay una dirección, al norte de Addis Abeba.

Hay un nombre.

Sarah Bronwyn Arbuthnot.

Lo que se dice un nombre etíope.

Casi me echo a reír, pero hay algo, un pequeño detalle, que me lo impide: ella dice que el Gran T. le hizo su oferta, por primera vez, a finales de febrero. Yo hablé con él el día 21 de marzo. Eso quiere decir que “ya tenía” a la muchacha cuando se puso en contacto conmigo. Fue ella la que disparó esto, no yo. ¿Qué sucedió, viejo cabrón? ¿La viste en algún lugar y pensaste: es ella, es “igual” que ella? Y luego me hiciste creer que estabas buscando a la chica y que por eso tardabas tanto. Ella despertó en ti el deseo de revivir aquel momento, y después te has acobardado. Quieres saber lo que hubiera sucedido, pero en el fondo no te atreves a preguntarlo.

En una situación así no hay vuelta atrás, Thesiger.

Se hace necesario llegar hasta las últimas consecuencias.

Te lo advertí, viejo, te lo advertí.

Ahora sé con seguridad que está en Lalibelá.

Me reuno con D'Ambroglio, consigo que me saque de Dessie.

Apenas hemos dejado atrás el recinto de la ciudad le pido que pare y salgo del automóvil.

EL AGREGADO.— Faversham, ¿se ha mareado usted?

Él sale también. Se inclina sobre mí.

Entonces le golpeo con todas mis fuerzas.

No le da tiempo ni a sorprenderse. Cae, redondo. Estamos lo suficientemente cerca de Dessie para que pueda regresar andando sin problemas. Le dejo a la sombra y abandono, junto a él, un pequeño botiquín de emergencia que hay en la guantera del automóvil y una garrafa de agua, de plástico, sellada.

Consulto el mapa.

Arranco.

L A L I B E L A

(Cuaderno de notas de C. F.

Cerca del final.)

Para ser una región amenazada por la guerra, encuentro el paisaje relajante y bello. A veces me cruzo con civiles, que parecen hacer su vida normal. Pastores, mercaderes; niños que juegan a ser soldados con palos que simulan ametralladoras.

De cuando en cuando algún camión militar.

Apenas me miran: paso como la brisa entre todos ellos. Me pregunto si me ven. Mi presencia en aquel lugar no parece llamar la atención, nadie se molesta, nadie se sorprende.

Soy un árbol más, una roca más, otro sendero, otra montaña, soy un insecto que revolotea perezosamente.

Me miro en el retrovisor y veo un rostro que no logro reconocer: la cara quemada por el sol, los ojos perdidos, una barba densa de un bronce mate.

Entonces el morro del automóvil se levanta por los aires y aplasto el volante contra la caja torácica. Una pared invisible me ha detenido en medio del camino, y tardo largos segundos en darme cuenta de que hay humo por todas partes.

Una mina.

Me domina el pánico. No quiero mirarme las piernas y descubrir que ya no está allí y que en su lugar hay dos muñones negros de pólvora.

No quiero saber si mis testículos se han desperdigado por el interior del coche.

Pero el humo se hace intenso y no tengo más remedio que salir de allí, y al hacerlo me doy cuenta de que mis piernas están en su sitio y lo demás también. Sangro un poco, me duele todo el cuerpo, me duele sobre todo el tórax por el encontronazo con el volante, pero estoy vivo, y camino, y me alejo de la chatarra inútil en la que se ha transformado mi flamante medio de transporte.

D'Ambroglio ya tiene dos motivos para matarme.

Afortunadamente, la mina era pequeña y ha explotado bajo el lado izquierdo del automóvil. Como además se trataba de un vehículo diplomático, con blindaje especial, he sobrevivido a la explosión.

Me siento a un lado del camino y veo el auto consumirse entre llamas. Tengo sed, pero dejé el agua al italiano. Estoy tan agotado que me dormiría allí mismo.

Pero un grupo de hombres ha aparecido desde detrás de las colinas cercanas y se acerca a mí corriendo y aullando. Van armados hasta los dientes y no me gustan nada.

Tampoco yo les gusto a ellos.

Intento ponerme en pie, tal vez escapar hacia algún lado, pero antes de que logre decidirme han llegado junto a mí y uno de ellos, el que parece mandar el grupo, me hince la culata de su rifle en el estómago.

Me caigo y vomito, todo a la vez. Tampoco es que tenga nada realmente sólido en el estómago, así que lo único que arrojo es una bilis asquerosa.

Muerdo el polvo, y el cabrón me patea la cabeza.

Hoy es tu día, pienso.

Hoy te toca.

El oído izquierdo me silba como si alguien me hubiera atravesado la cabeza con un *Black and Dekker*; quiero protestar, decir que soy periodista, mencionar la convención de Ginebra, pero este jodido carnicero me pateo de nuevo y el silbido, milagrosamente, desaparece.

No puedo decir que esté asustado: todo es demasiado rápido, demasiado estúpido. Lo único que lamento es haber llegado hasta aquí y jorobarlo todo a un par de zancadas de San Jorge de Lalibelá.

El estómago sigue empeñado en salirse del cuerpo, y yo hago lo imposible para retenerlo dentro. Espero más golpes; no llegan.

Me ayudan a ponerme en pie y me arrastran hacia algún lugar. Tengo un ojo a la funerala, del botazo, y el pecho me arde. Caminan demasiado deprisa, no puedo seguir su ritmo. Aún así, cuando intento detenerme y tomar aire me empujan hacia adelante y vociferan como animales.

Cae la tarde.

Estamos en lo alto de un cerro y mi cerebro se pone a funcionar como una cámara cinematográfica, panavisión, 70 mm.: un largo, larguísimo *travelling*, que culmina en grúa, la cámara asciende por los aires y muestra en bellissimo picado la mole maciza de San Jorge, planta cruciforme, recogida en el abrazo de la tierra amarilla.

Estamos exactamente en el lugar hacia el que me dirigía.

No sé por qué me sorprende.

He aquí, por fin, el decorado fantasmagórico que me ha obsesionado durante los últimos meses de mi vida. Veo unas tiendas de campaña, de tipo militar, levantadas entre los árboles ralos que rodean el barranco formado por la separación entre roca e iglesia.

Plano general: hombres armados, todos con el mismo aspecto feroz, ropas de civil, arreos de soldado, el cabello lanudo y sucio (esto último precisaba un primer plano).

Me obligan a sentarme sobre una manta repugnante, junto a la entrada de una de las tiendas.

El individuo que hace un rato se entretenía en golpearme se acuclilla a mi lado, me tira del pelo con una mano y me chilla dios sabe qué a la cara. Su aliento es fétido, pero imagino que, a estas alturas, también debe serlo el mío. Me escupe y veo sus dientes amarillos y afilados como los de una fiera, me pasa un cuchillo enorme y terrorífico delante de las narices y, cuando por fin me suelta, se queda con un mechón de mis cabellos entre los dedos. Súbitamente parece hartarse de mí y me olvida como olvidan los niños sus juguetes viejos cuando alguien les regala uno nuevo.

No estoy atado.

Han dejado de prestarme atención.

Un hombre emerge de la tienda que hay a mi espalda.

Huele bien y lleva ropas delicadas y limpias.

Un gracioso bigotito recortado.

Gamal Eddin.

Me ofrece una cantimplora, y el agua sabe amarga, pero está fresca.

GAMAL EDDIN.— Tiene usted un aspecto terrible, señor Favershams.

FAVERSHAM.— Usted, en cambio, está hecho un galán de cine.

GAMAL EDDIN.— Gracias. ¿Tiene alguna herida grave?

FAVERSHAM.— Creo que no. ¿Qué le he hecho yo a ese bruto?

GAMAL EDDIN.— ¿Ras Isaac? Está furioso porque el señor Thesiger le pidió que no le matara a usted. Es un afar... un dancalo. Son asesinos y castradores. Para él es muy duro renunciar al trofeo que usted le hubiera proporcionado.

FAVERSHAM.— Éste es un magnífico país. ¿Así que Thesiger se encuentra en este campamento?

GAMAL EDDIN.— Hace días que le espera.

FAVERSHAM.— Hablaré con él, si es que nadie más quiere vapulearme antes.

GAMAL EDDIN.— Aquí está a salvo, señor Faversham. Son amigos.

FAVERSHAM.— Dígame, ¿y ella? ¿También está aquí?

GAMAL EDDIN.— Señor Faversham, ha esperado usted mucho, pero todo tiene su fin, y parece ser que Allah ha elegido el día de hoy para darle término a esta historia. Verá a la chica. Pero antes, por favor, hable con el señor Thesiger. Y, si me permite un ruego personal, no sea muy duro con él.

FAVERSHAM.— ¿Bromea? Por culpa de ese cabrón casi pierdo el pellejo.

GAMAL EDDIN.— Eso no es justo: usted aceptó las condiciones del juego. Aunque todo esto ya no importa. Por favor, no odie a mi amo. Es un anciano.

Así que Gamal Eddin me señala un punto, al pie de San Jorge, en el fondo del barranco, y distingo la silueta del Diablo Rojo, de pie junto a la puerta de la iglesia.

Desciendo el sendero de piedra y arena.

El sol se ha ido ya, la roca se vuelve roja y luego negra y Thesiger, los ojos remotamente escondidos tras las cejas imposibles, me reconoce y cabecea lentamente como un león viejo y lleno de cicatrices.

THESIGER.— Faversham... ¿Qué le parece? ¿Mentía acaso cuando le dije que era un hermoso lugar?

FAVERSHAM.— No.

THESIGER.— Debería usted verlo por dentro, pero ahora no hay luz suficiente. Mañana, quizás.

FAVERSHAM.— ¿Ha sucedido ya?

THESIGER.— ¿El qué?

FAVERSHAM.— Vamos Thesiger, ya sabe a qué me refiero. Ha tenido tiempo suficiente para acabar su aventura. ¿Qué pasó? ¿Hubo un final feliz para su romance? Dígame, Thesiger, ¿es una buena amante? Estoy deseando que llegue mi turno de follar con ella, si no ha cambiado usted de opinión, claro.

Sé que estoy haciendo exactamente lo opuesto de lo que Gamal Eddin me pidió, pero no puedo evitarlo. Deseo que se enfurezca y levante sus puños contra mí. Estoy cansado, estoy destrozado, me duele hasta el contacto de mi propia piel con los músculos. Lucha, viejo hijo de puta, enfádate y dame la más leve excusa para romperme la crisma contra tu dentadura.

Pero Thesiger no responde a la provocación.

Por primera vez comprendo que Gamal Eddin tenía razón: el Gran T. es un anciano, mucho más de lo que él se imagina.

Desde las sombras donde oculta su mole pelirroja, empieza a hablarme con voz cavernosa:

THESIGER.— La noche que llegamos me puse enfermo de miedo. Hacía décadas que no pisaba este lugar. Puse centinelas por todas partes: sabía que usted acabaría por venir. En cierto modo lo deseaba. Sólo de esa manera podría conjurarse el demonio que me ha devorado durante el último medio siglo.

Pero al mismo tiempo quería que usted muriese en el intento. Porque si llegaba a Lalibelá tendría la oportunidad de besar la boca que yo no besé, de abrazar el cuerpo que yo ansiaba poseer.

Usted la ha visto, Faversham. La vio en el Awash. No hay nadie como ella. Pero no, estoy delirando. Porque ella no es ella. La vi en Londres, en la calle, caminando por el Strand. De pronto fue como si el tiempo no existiera, como si toda mi vida fuera un espejismo y aún tuviera la oportunidad de llegar puntual a mi cita en Lalibelá. De pronto me dije: esta noche no irás a Jibuti, y al diablo con los negocios. Te esperan a la puerta de San Jorge. Me bastaron unos segundos para construir en mi cerebro esta aventura. La contraté a ella, le conseguí a usted.

Me olvidé de que ahora sólo soy un viejo.

Sí, Faversham, la noche que llegamos tuve un miedo espantoso. No lograba dormir. Bajé, paseando, hasta este mismo lugar.

Ella estaba aquí.

Llevaba el vestido blanco y azul que yo mismo le había hecho fabricar para cuando llegara la ocasión.

Estaba aquí, a la puerta de la iglesia, y esperaba.

Entonces hice el ridículo. Le hablé de lo mucho que había pensado en ella durante todos estos años. Le pedí disculpas, llorando, por haber faltado a nuestro primer encuentro. Le juré que la había buscado y que no me había sido posible encontrarla.

Me puse de rodillas, Faversham, y le dije cuánto la amaba, le dije que cuando hacía el amor con otra mujer pensaba sólo en ella. He regresado, grité. ¿No ves que por fin he regresado y que ya nunca nos separaremos?

Intenté besarla.

Me miró aterrada, asqueada. Ni siquiera se molestó en contestarme.

Comprendí, Faversham, que no existe la vuelta atrás.

Comprendí que ella no era Ella, que yo ya no soy yo...

El viejo se abisma en sus pensamientos y me ignora, o me olvida, no sé. Veo un resplandor, levísimo, en el interior de la iglesia. Entro. Al fondo hay una vela que parpadea tímidamente.

No veo la maravilla del lugar en que me encuentro.

No reparo en los frescos, escondidos entre tinieblas.

Sólo tengo ojos para la mujer que está sentada junto a la vela, apenas silueta, apenas mancha de blanco y azul.

Ignoro cuánto tiempo tardo en acercarme.

FAVERSHAM.— Es la segunda vez que nos vemos.

ELLA.— Sí.

He cruzado miles de kilómetros para llegar a este rincón. He arriegado mi vida por esta mujer que me contempla con ojos rasgados y negros.

FAVERSHAM.— Pensé que jamás llegaría. Dios mío, esto es el fin del mundo. He tenido que robar un automóvil, he golpeado a un diplomático. Déjame que te mire. He tardado tanto... Temí que ya no estuvieras aquí. ¿Qué debemos hacer ahora? Eres tan bella...

ELLA.— Él dijo que no vendrías, pero mentía. Te esperaba. Yo sabía que tarde o temprano nos alcanzarías. Él también, aunque lo ocultara y lo temiera. Quiso hacerse pasar por ti: fue inútil. Me dijo palabras que sólo tú podrías decirme. No consiguió engañarme. ¿Ves? Estoy aquí.

Noche azul e intensa, los labios de ella demorándose en los míos, un ave nocturna que canta, las sombras se vuelven gigantes a los pies de San Jorge, en Lalibelá.

L O N D R E S

(Cuaderno de notas de Culum FAVERSHAM

Última entrada

En casa

Julio.)

Es verano, pero ha llovido sobre Londres. Como casi siempre. Son las tres de la tarde y estoy sentado en un café de Heathrow, viejo y familiar Heathrow de tantos vuelos.

Por los altavoces se anuncia la última llamada para un avión rumbo a Chipre, y alguien que llega con retraso corre para no perderlo.

Estoy de vuelta.

Gamal Eddin se encargó de sacarnos de Etiopía, a través de Jibuti, ¡qué paradoja! Prometió resolver el problema con D'Ambroglio y la legación italiana y no hay por qué no creerle. Es el más eficaz de los hombres y una buena persona. Además, el italiano agradecerá sin duda el dinero que Eddin piensa pagarle por olvidarse de todo.

Dinero de la Bestia Roja.

Sarah acaba de irse.

Se me hace extraño pronunciar ese nombre.

Volamos juntos de regreso a Londres, vía París. Ninguno de los dos pronunció palabra durante el trayecto.

Ni siquiera nos despedimos.

No pactamos nada: la visión de Londres, desde el avión, lo decidió por nosotros.

Ni ella era ella ni yo era yo, las palabras de Thesiger.

Tenía razón.

Ni ella era ella ni yo era yo, en Lalibelá.

Estamos en casa.

Quizás algún día nos crucemos por la calle y creamos reconocernos. Después, tendremos extraños sueños que el tiempo se encargará de difuminar.

En Jibuti, Gamal Eddin me entregó un paquete, que no he abierto hasta hace un instante.

Contiene dos libros. Uno es la edición Oxford de bolsillo de *La Epopeya de Gilgamesh*, el ejemplar que Thesiger llevaba siempre consigo. Está lleno de anotaciones manuscritas, manoseado, decrépito. Hojeándolo encuentro unas líneas subrayadas hasta debilitar el papel. Rezan así:

*“Lo que has amado, lo que has acariciado
y que placía a tu corazón,
como un viejo vestido, está ahora roído por los gusanos.
Lo que has amado, lo que has acariciado y que placía
a tu corazón,
está hoy cubierto de polvo,
todo eso está sumido en el polvo”.*

A pesar de sus palabras, tengo para mí que el viejo ama los libros con intensidad.

El otro es una auténtica sorpresa: la biografía de Otis John Thesiger redactada por él mismo. También en esto hizo trampa. El manuscrito es anterior a nuestro encuentro.

Durante nuestra despedida, pregunté a Eddin por el Gran T. Desde nuestra conversación en San Jorge no había vuelto a verle. El fiel servidor me dijo que Thesiger había partido esa misma noche rumbo a Durban, en Sudáfrica, por asuntos de negocios. Estaba bien de salud y de ánimo y me agradecía mi colaboración.

Estoy leyendo la biografía del Diablo Rojo.

Es un libro denso.

Lo cuenta todo sobre Thesiger.

Casi todo.

F I N

Lalibelá de Ignacio García May, número
4 de la Biblioteca Digital Draft.inn, se
incorporó al catálogo el día 13 de Junio
del año 2014, festividad de Santo
Eulogio de Alejandría.

